

HOMILÍA EN EL DÍA DE LA CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS - 2015

Cristo es la Resurrección y la Vida

Conmemoración de todos los fieles difuntos. La Santa Madre Iglesia, después de su solicitud para celebrar con las debidas alabanzas la dicha de todos sus hijos bienaventurados en el cielo, se interesa ante el Señor en favor de las almas de cuantos nos precedieron con el signo de la fe y duermen en la esperanza de la resurrección, y por todos los difuntos desde el principio del mundo, cuya fe solo Dios conoce, para que, purificados de toda mancha de pecado y asociados a los ciudadanos celestes, puedan gozar de la visión de la felicidad eterna (elog. del Martirologio Romano).

Hoy la Iglesia recuerda con piedad y amor a todos los hermanos difuntos y eleva su oración al Señor a favor de todos ellos. Recemos por nuestros seres queridos que ya han muerto, para que el Señor los acoja en su Casa del cielo por toda la eternidad.

¡Que la gloria de Jesucristo resucitado brille sobre los rostros de todos los fieles difuntos por toda la eternidad!

I.- LECTURAS

*** Primera Carta de San Pablo a los Corintios 15,51-57.** El dolor y la misma muerte no tienen la última palabra sobre el ser humano. Por eso debemos confiar plenamente en Dios que nos resucitará de nuestros sepulcros.

*** Salmo Responsorial 22.-** El Señor es mi pastor, nada me puede faltar. Aunque camine por cañadas oscuras nada temo porque Tú vas conmigo...”.

*** Evangelio según San Juan 5,25-29.** Jesucristo anuncia la resurrección de los muertos. El mismo Jesús es la resurrección y la vida. Jesús es la vida y nos enseña el camino y la verdad

.-.-.-.-.-.-.-.-

Unas notas litúrgicas:

* Todos los sacerdotes pueden celebrar tres Misas; pero solo se puede recibir un estipendio; la segunda Misa se debe aplicar por el sufragio de todos los fieles difuntos y la tercera Misa por las intenciones del Sumo Pontífice.

* Los fieles que hayan recibido la Comunión en una Misa pueden recibirla otra vez, solamente dentro de la celebración eucarística en la que participe.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

A.- El misterio de la muerte

* El Concilio Vaticano II aborda el tema de la muerte con este título: “el misterio de la muerte”. Y enseña: “el máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo” (GS 18).

¿Qué podemos decir los cristianos ante la realidad dolorosa de la muerte?

* El mismo Concilio enseña: “la semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte” (Ibd.). Realmente estas palabras siembran esperanza y paz en nuestro corazón.

* Más aún, el propio Concilio afirma: “la Iglesia, aleccionada por la revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida, cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en el estado de salvación perdida por el pecado. Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina”.

Meditemos estas palabras que tanto gozo y esperanza producen en un corazón creyente. No las olvidemos ya que nos muestran el destino final de nuestras personas. Este destino final no es la destrucción del ser humano, sino la vida en Dios para siempre.

* Sigamos acogiendo y meditando la enseñanza de la Iglesia: “Ha sido Cristo resucitado, el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte” (GS 18).

Acojamos con fe, amor, esperanza y agradecimiento la victoria de Cristo en nosotros, viviendo en humildad en la presencia de Dios y en servicio fraterno a los demás.

Recordemos siempre las palabras de San Pablo:

“O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos hecho una misma cosa con Él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante...” (Rm.6,3-4).

“Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos ¿cómo andáis diciendo algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe (...) ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que durmieron” (ICort.15,13-14. 20).

B.- Contemplemos el cielo: la meta de nuestro caminar

En este día de “**los fieles difuntos**”, el Señor nos invita a levantar los ojos y el corazón al Cielo ya que “no tenemos aquí ciudad permanente sino que andamos buscando la del futuro” (Heb.13,14). Somos peregrinos por este mundo hacia la Patria celestial.

* Recordemos con gozo, esperanza y gratitud las palabras que Jesús dijo a sus discípulos y en ellos a nosotros: “Que no se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo, estéis también vosotros” (Jn.14,1-3).

Realmente estas palabras que Jesús dice a sus discípulos nos llenan de consuelo y de paz. La muerte no es el final del camino sino que es como una ventana que se abre a la eternidad de Dios; la muerte no es la destrucción total del ser humano, sino que es una puerta que da acceso al sendero que conduce a la Casa del Padre; la muerte no es el fracaso del ser humano sino que es el encuentro con el Señor que nos llevará con Él para siempre. Un día el Señor, en su infinita misericordia, nos resucitará de nuestros sepulcros y nos llevará con Él si hemos sido fieles a Él, y seremos eternamente felices con la felicidad de Dios.

* Tengamos siempre presentes en nuestro corazón y en nuestra existencia las palabras de San Agustín: “Señor, nos hiciste para Ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti”.

No olvidemos estas palabras que traducen su experiencia cristiana más honda y que nos deben ayudar para vivir y actuar en conformidad con nuestra fe cristiana.

El Concilio Vaticano II enseña lo siguiente:

* “Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación, y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree

que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro” (GS 10).

* “Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte que fuera del evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!” (GS 22).

C.- Vivamos con el corazón convertido y santo

Acerquémonos una vez más a San Pablo para escuchar y acoger las enseñanzas que nos ofrece:

* “Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto con Cristo y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con Él” (Col. 3,1-4).

* “Despojaron del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias; renovad el espíritu de vuestra mente, y revestíos del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y en la santidad de la verdad” (cf. Ef.24,22-24).

* “No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención. Toda acritud, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad, desaparezca de entre vosotros. Sed más bien buenos entre vosotros, entrañables, perdonándoos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo” (Ef.4,30-32).

Cáceres. 26 de octubre de 2015

Florentino Muñoz Muñoz